
José Francisco Conde Ortega

Respuestas y correspondencias

Algunas historias de la Literatura Mexicana (1860-1988)

Balbino Dávalos, al intentar explicarse la circunstancia en que se da la poesía de Joaquín Arcadio Pagaza, lleva sus reflexiones hasta la necesidad del juicio del tiempo. El autor de *Las ofrendas* pensaba que una expresión original –e irrepetible– sólo podía ocurrir cuando el cúmulo de influencias sobre las manifestaciones artísticas de un país sedimentaran y maduraran. Grecia –afirmaba para comprobar su aserto– había tardado más de siete siglos en consolidar una literatura y un arte que después serían ejemplares. México no podía ser la excepción. Por eso, cada paso en dirección de la originalidad y la madurez era parte de un proceso. El México independiente había hecho más claro el camino.

Las palabras de Balbino Dávalos pueden insertarse en una tradición que buscaba entender las peculiaridades de un grupo humano –el mexicano– para favorecer un modo de expresión artístico verdaderamente original y nacional. Conseguida la Independencia de México, la independencia cultural se ve más al alcance de los afanes. Por eso surgen, al mismo tiempo que los esfuerzos creativos, las primeras visiones de conjunto, que esperan encontrar algo más que repeticiones y acumulación de datos. José Eguiara y Eguren y Mariano Beristáin y Souza son pioneros en ese camino. Sin embargo, Ignacio Manuel Altamirano es el primer autor que se propone visiones más amplias de los hechos históricos y artísticos, y busca considerarlos a la luz de perspectivas sustentadas en un proyecto claramente definido.

Con su proyecto de literatura nacional, Altamirano propuso las ideas centrales de una polémica que no encontró interlocutor inmediato. Y era natural. Sus razonamientos buscaban más

una respuesta a futuro que una réplica contaminada de inmediatez. Una posible respuesta en ese momento hubiera incidido en los aspectos más superficiales del proyecto: la dicción, la forma de los textos, el contenido en su anécdota más inmediata... Y lo que se propuso el autor de *Clemencia* fue ahondar en las necesidades más cercanas en el tiempo, pero también más susceptibles de permanecer. De otro modo: un contenido y una forma son importantes en tanto que permiten muchas lecturas. Los textos que surgen de un momento histórico determinado tienen su explicación en ese contexto, pero no renuncian a ser leídos en una circunstancia diferente. Y en eso consiste la apuesta y la necesidad de un diálogo.

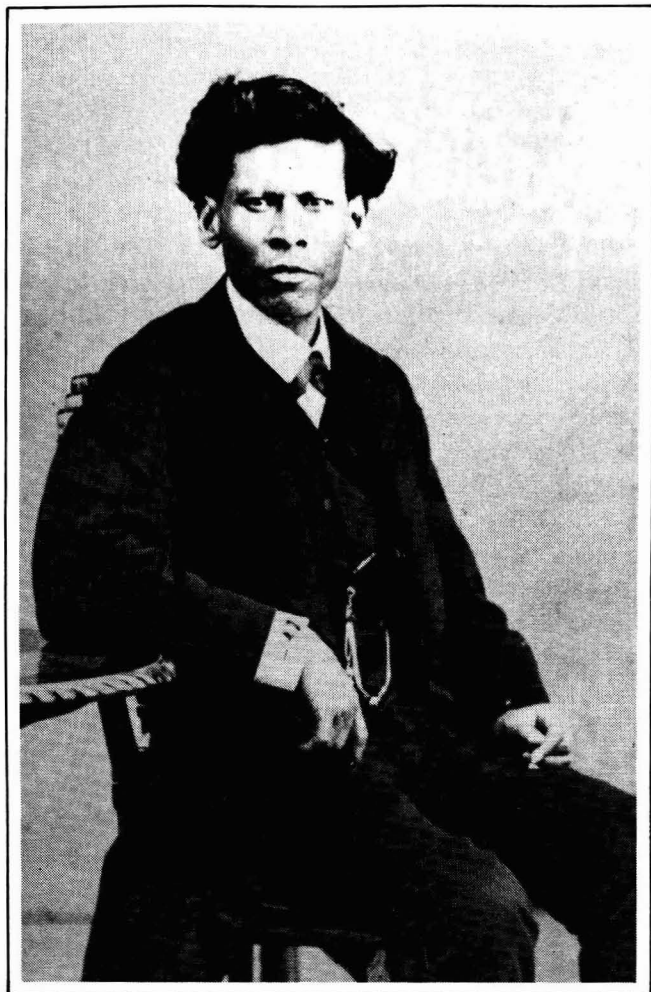
Por eso, en la labor de historiar la literatura mexicana –y juzgar, fundamentar y proponer– el interlocutor de Altamirano no podía ser Pimentel. José Luis Martínez lamenta que Altamirano y Pimentel no hubieran desarrollado una polémica como la que sí se dio en América del Sur. No podía ser. El criterio de Pimentel respondía a factores inmediatos; su juicio era el de un hombre del siglo XIX dirigido a sus contemporáneos. El de Altamirano parte de allí, pero piensa en el futuro. Esa es la razón de que intente explicarse la función y la necesidad de algunos géneros –novela, épica y lírica– en su momento, porque sentarán las bases de una expresión genuina y original. Por eso, también, es indulgente para juzgar las obras. Primero debe fijarse el camino, sentar las bases; después la crítica deberá ser más rigurosa: aclarados los fines, la responsabilidad del escritor tendrá que ser mayor. Es decir, un proyecto con resultados paulatinos; nunca saltos mortales ni ataduras a lo inmediato.

En los intentos posteriores de historiar la literatura mexicana, Altamirano encontrará sus verdaderos interlocutores. El tiempo ofrecerá mayores perspectivas para acercarse a los productos literarios. Pero los historiadores siguientes no partirán de cero. Para negar, aceptar o matizar el proyecto de Altamirano, éste tiene que ser un punto de referencia. Urbina, González Peña, Arqueles Vela, José Luis Martínez, José Emilio Pacheco y Luis Miguel Aguilar, a lo largo de más de un siglo, son los que habrán de ofrecer una discusión enriquecedora en torno a la historia de la literatura mexicana. Y su lenguaje, matizado por las circunstancias, obligará a leer y a reconsiderar, de muy diversos modos, los textos de escritores que, de esta manera, van adquiriendo nuevos significados y renovada vigencia.

Altamirano, Pacheco, Martínez y Aguilar concentran su análisis en el siglo XIX; Urbina, González Peña y Vela plantean una historia total. Las siguientes líneas tratan de encontrar las correspondencias que pueden darse, entre los proyectos de estos escritores, a partir de su interpretación del siglo XIX. Éste es un siglo decisivo; además de las luchas de independencia y de defensa del territorio nacional, el acomodamiento de fuerzas significó un esfuerzo de identificación. Peculiarmente azaroso, el siglo XIX mexicano es el despegue de una identificación como nación y como grupo humano; el arte y la literatura encaminan sus propósitos a reconocerse. Aceptar ese diálogo propuesto desde el siglo pasado, exige una respuesta y una correspondencia. Nosotros, lectores vigesémicos a fines de otra centuria, no podemos permanecer indiferentes. El lenguaje no ha cambiado gran cosa. El rigor de las circunstancias obliga a respuestas particulares. Quizá la suma de respuestas y el establecimiento de correspondencias consigan que la mirada sea más atenta, que el diálogo se haga más general y provechoso.

Ignacio Manuel Altamirano fue capaz de ejercer un verdadero magisterio entre sus contemporáneos. Además del vigor de su inteligencia y de su cultura llena de curiosidad y reflexiones, el autor de *El Zarco* tenía un proyecto claro y rigurosamente armado. En 1869 declara la verdadera amnistía entre los mexicanos. Abre las páginas de *El Renacimiento* a todos los escritores, sin importar facción o ideas políticas. Estaba seguro de que la reconstrucción nacional no podía darse sin el esfuerzo de todos. Su actitud no fue la de sentirse depositario de la verdad; por eso necesitaba de todos los esfuerzos. Esta creencia en la pluralidad de opiniones y de puntos de vista tenía un propósito: la literatura podía ayudar a la afirmación de una conciencia y un orgullo nacionales.

La historia que concibe Altamirano es doctrinaria, pero no en el sentido de capilla de exclusividad facciosa, sino en el de proponer líneas y caminos para transitar en busca de una expresión nacional. Por eso juzga de manera indulgente a ciertos autores y condena a otros. De acuerdo con su proyecto, el contenido de los textos servía o no servía para los propósitos de identificación nacional. Esa era su medida. Por eso lamentaba que Calderón o Rodríguez Galván, por ejemplo, evadiesen su realidad situando sus dramas en el pasado o en paisajes ajenos, cuando lo más urgente e imperioso era consolidar el conocimiento de la propia patria. Literatos extranjeros escri-



Ignacio Manuel Altamirano

bían falsedades sobre México y nadie hacía nada. La apatía no podía ser disculpa para permitir esos despropósitos. Además, no era tiempo para la abulia. El trabajo en un fin determinado y noble debía dirigir los esfuerzos de los escritores: una doctrina común: la literatura nacional.

Sin embargo, Altamirano no se quedó en la enunciación de sus propósitos. Teorizó e hizo una reconsideración de la historia de los géneros que a su juicio debían cultivar nuestros escritores. Y encontró, como Bello, que el español de los americanos era distinto al de los peninsulares. Así, la geografía, la historia y el lenguaje debían servir para expresar una nueva realidad. Desde luego que no debía olvidarse el estudio de la antigüedad clásica ni el de las literaturas extranjeras, fuertes y saludables; pero no para imitarlas en lo superficial, sino en la manera de llegar a la originalidad. Y todo eso se podía lograr con el uso de la voluntad: escribir dentro y para la historia, primero de la patria y luego, como consecuencia, de la humanidad.

Problemas inmediatos obstaculizaban la labor de los escritores. La escasa, si no es que nula, remuneración que se obtenía por el oficio de escribir era uno de los problemas. Por eso pedía que el público leyera; formó asociaciones y buscó que las instituciones tomaran a su cargo el problema. La labor del escritor se perdería sin lectores. Y la sociedad toda tenía que participar. Juntos, autores y lectores, ayudarían a construir una nueva moral. Y para acercarse a los lectores sugiere temas

y propone acercamientos; y es el momento de ser generoso: amigos y enemigos de partido están empeñados en la misma lucha.

La actitud de Altamirano es de un optimismo mesurado. Los propósitos tienen que cumplirse, puesto que no son descabellados: su crítica es indulgente porque es necesario. El camino debe seguirse lentamente, pero con firmeza. Después, cuando los fines se estén cumpliendo, se dará el momento de ejercer una crítica más rigurosa, una lectura que vaya más lejos de la necesidad social; una lectura que recoja los frutos de un esfuerzo compartido y que exija de los autores la altura estética de una gran literatura: la literatura nacional.

Luis G. Urbina es el primero que ofrece una respuesta a los enunciados de Altamirano. Ya han pasado algunos años y se viven los primeros del siglo xx. El movimiento revolucionario ha cambiado muchas actitudes; el positivismo ha dejado su huella en los escritores de la dictadura porfirista. La instrucción del país es una idea y una necesidad que vuelve a plantearse. Y desde esa trinchera escribe Urbina su historia de la literatura mexicana. Cinco conferencias que dicta en Argentina y un prólogo para la *Antología del Centenario* configuran el esqueleto de los escritos de Urbina en su acercamiento a la historia literaria mexicana.

Urbina parte de una afirmación que fue su divisa: una fina sensibilidad para juzgar las obras. Todo lo demás —decía—, información sobre el autor y la época, podía adquirirse; la sensibilidad, no. Su práctica de lector atento y riguroso lleva a Urbina a construir una historia justa y proporcionada, pero dentro de los límites que él mismo se planteó. O mejor dicho: desde la trinchera en la que eligió escribir. Lo más arduo de la lucha ha pasado; ahora es tiempo de divulgar los resultados sin un afán erudito; las valorizaciones críticas se dejan para un momento posterior. Las letras del siglo xix son vistas por un hombre que ya trasunta cierto alejamiento valorativo, pero como todo aquello formó parte de la historia que le tocó vivir, sus juicios son matizados por las impresiones personales y sinceras que dejaron en su ánimo el conocimiento de los autores y la época.

Un poco a diferencia de Altamirano, Urbina insiste en que la literatura mexicana es una rama del tronco hispano. Y les reprocha a nuestros poetas que no siempre se preocupen por la “pureza léxica”. Y si Altamirano consideraba que la literatura nacional debía adquirir características propias, Urbina siempre se refería a los que consideraba mejores escritores como “hablistas irreprochables” o “diáfanos”. Lo castizo era una condición del bien escribir; sin embargo, llegó a pensar que el medio es capaz de alterar el proceso de comunicarse por escrito.

Algo muy importante para Urbina es la idea de instrucción. Algunos autores son juzgados en la medida de su mayor o menor instrucción y en los avatares de su historia personal. Y si algunos no alcanzaron gran altura —según Urbina— se debió a una instrucción caótica o insuficiente. Y esto tiene que ver con la estructura positivista de los críticos de su tiempo; lo que constituye, en gran medida, una respuesta a Altamirano: no apartarse del orden ni del tronco hispano, el proceso de consecución de la literatura nacional debe ser cauteloso; la litera-

tura y la instrucción avanzarían a pesar de “la morena muchedumbre”. Urbina admira a Altamirano, pero propone su propia interpretación. Si hay necesidad de una literatura nacional, pero respetando el orden que implica no separarse del tronco. Aquí pudo haberse dado la primera polémica realmente importante: los propósitos y las obras; la valoración y la trinchera.

Carlos González Peña, ya asimiladas las experiencias de la Revolución y las sucesiones en la silla presidencial, encuentra una nueva necesidad para historiar la literatura mexicana: un orden que reclaman los nuevos tiempos. El Ateneo de la Juventud y la irrupción de las vanguardias europeas determinan un nuevo estado mental. Es el tiempo de clasificar, jerarquizar y caracterizar. Es en este sentido en el que González Peña ofrece su aportación al diálogo que anteriormente propuso Altamirano.

González Peña define y caracteriza; su historia de la literatura mexicana atiende a los grandes bloques que las circunstancias sociales determinan. Su consideración del siglo xix mexicano es un intento por no olvidar hechos concretos y susceptibles de interpretación; pretende no olvidar el doble juego de la historia personal y la general. De ahí su organización y su estructura. Y también su impersonalidad. Altamirano y Urbina están obligadamente presentes. El primero para que no se olvide su doctrina; el segundo para vigilar el orden. González Peña casi desaparece en favor del dato bibliográfico, de la minuciosa enumeración de características y de la estructura de su libro.

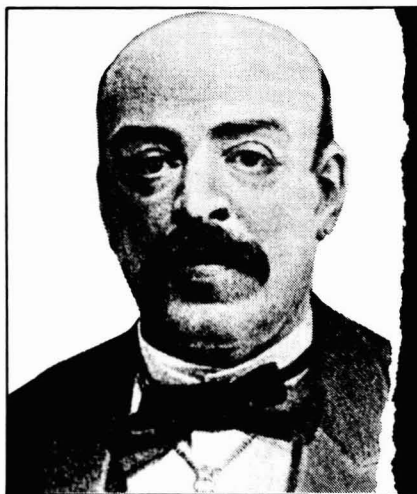
González Peña no discute pero ofrece una respuesta. Hay que fijar categorías y agrupar generaciones para preparar estudios particulares o de grupo. Este criterio generacional es lo que aclara y desfigura la perspectiva. Las fechas de nacimiento funcionan como indicadores, pero las obras y las circunstancias históricas se vuelven huidizas. La clasificación temporal es una propuesta temporal y útil. Completa, con mayor distancia en el tiempo, los cuadros de Altamirano y Urbina, pero simplifica. No obstante, a partir de González Peña los estudios sobre el siglo xix mexicano serán más rigurosos e interpretativos. Su historia es menos polémica y menos cálida que las anteriores, pero tiene la virtud de un alto en el camino para repensar y ordenar el material de trabajo. Útil en sí misma, prepara el camino a respuestas más comprometidas.

Estridentistas y Contemporáneos intercambiaron conceptos de modernidad en el lenguaje crítico. La antología de Jorge Cuesta fue un duro golpe para Maples Arce; la revancha de éste en su antología publicada en Europa, dirigida contra Ortiz de Montellano —y por extensión contra todos los Contemporáneos— significó la necesidad de apropiarse del lenguaje crítico “moderno”. Si en la antología de Cuesta no aparecen muchos poetas en aras de esa modernidad, en la de Maples Arce esa modernidad está enunciada en lo que no quiso callar de Salvador Novo. En ambos casos la intención era la misma: la razón y la modernidad eran reducto que no se debía compartir. El justo medio vino, por un lado, en las meticulosas lecturas sobre literatura mexicana de José Gorostiza y, por el otro, en los *Fundamentos de literatura mexicana* de Arqueles Vela.

Arqueles Vela se propuso hacer una historia de la literatura mexicana a partir de las discusiones sobre modernidad y pertinencia del lenguaje poético. A la distancia se advierte que el propósito —más que didáctico— del texto de Arqueles Vela era el de la definición de principios. Era necesaria otra historia de la literatura mexicana; pero una historia que no atendiera solamente a las grandes caracterizaciones y clasificaciones, sino a la lectura de los textos que podrían ofrecer nuevos estímulos a los lectores del siglo xx. Arqueles Vela emprendió la escritura de su manual, lo suficientemente breve, para que la comprensión de los rasgos esenciales de la literatura mexicana quedaran expuestos. Una historia ni doctrinaria ni clasificatoria; una historia a partir de los propios textos.



Luis G. Urbina



Francisco Pimentel



Manuel Maples Arce

En el registro de los autores del siglo xix, Arqueles Vela pretende el inicio de una exégesis moderna. Su criterio de lector crítico se conjuga con la pasión y busca ver, con ojos del siglo xx, lo verdaderamente disfrutable de autores clave en la fundación de nuestra literatura moderna. Considera los valores exclusivamente literarios de poetas y narradores y encuentra rasgos y características de modernidad en la prosa de Urbina, Nervo y Gutiérrez Nájera. Para Arqueles Vela la historia literaria mexicana todavía reciente deja de ser un museo o un archivo. Se enfrenta al texto y lo convoca para establecer comunicación.

Los valores que encuentra en la prosa de los modernistas, por ejemplo, es un antecedente de los criterios más novedosos y justos. La manera que tiene Arqueles Vela de comprometerse con el texto es distinta, desde luego, a la de Altamirano o Urbina, pero igualmente pasional y ardorosa. Si Altamirano buscaba la expresión original y Urbina el orden sin abandonar el tronco, Arqueles Vela busca explicarse esos mecanismos de defensa y afirmación de las peculiaridades nacionales. La respuesta de Arqueles Vela se da en la medida en que nuevas necesidades exigen un nuevo lenguaje. Las pugnas intergrupales hacen más evidente esa necesidad pero no la explican. Sólo el trabajo libre de prejuicios logra equilibrar intereses, y favorecer uno solo: la comprensión cabal de la circunstancia que propicia un esfuerzo de reflexión.

Después de la primera mitad del siglo xx el país se enfrenta a nuevas realidades. La época más conflictiva ha pasado y es

necesaria una sedimentación. México ingresa al concierto mundial dentro de los lineamientos del desarrollo estabilizador y, en todos los órdenes, se inician proyectos de ajuste de cuentas con el pasado y de nuevas valoraciones. Como la que emprende José Luis Martínez para volver, ahora sí reconocible para sensibilidades del siglo xx, el término "expresión nacional."

El estudio de José Luis Martínez es un gran esfuerzo por entender, a casi un siglo de distancia, el empeño de Altamirano por construir una nueva moral. Pero, asimismo, está pendiente de la dificultad para llevar a cabo ese proyecto. Imparcialmente, rastrea minucioso en el ejército literario del siglo xix. Reconsidera poemas, prosas y dramas; revive anéc-

dotas e interpreta las señales de ese tiempo; disecciona con la objetividad del científico el espíritu de una época que sirvió para explicar gran parte del nuestro. La reflexión que hace José Luis Martínez del siglo xix es valorativa y moderna; sobre todo en que la hace huir de interpretaciones superficiales. La lectura desprejuiciada es un arma de análisis poderosa. Se puede analizar y contextualizar sin apresuramientos. Es lo que hace José Luis Martínez, y ofrece una visión más justa de los propósitos y logros de los autores mexicanos del siglo xix.

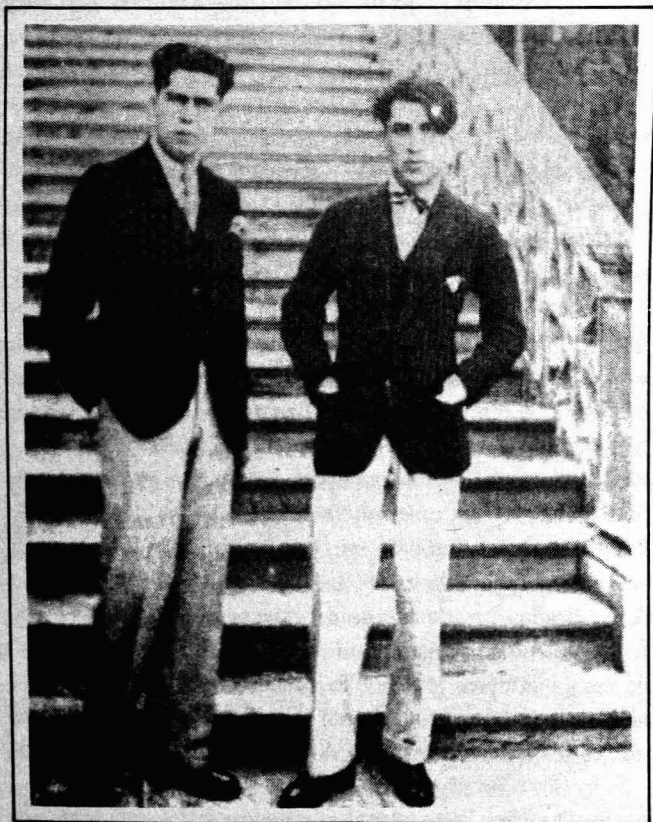
Al replantear el problema de la expresión nacional, lo que hace José Luis Martínez es considerar su permanencia. Ver si en realidad existe una respuesta a una pregunta formulada de otro modo: ¿es necesario indagar acerca de la existencia de una expresión nacional? Y en este planteamiento el trabajo de José Luis Martínez encuentra significación.

En muchos sentidos los modernistas son nuestros contemporáneos. Fueron los primeros que tuvieron conciencia plena de que el lenguaje es un elemento que acerca y diferencia. El hombre es un ser hablante, pero la lengua tiene un uso peculiar en cada grupo humano. La vasta zona del español es tan diversificada que solamente en América podía darse la manifestación epocal llamada modernismo. En el esclarecimiento de estos conceptos José Emilio Pacheco ofrece una respuesta necesaria al diálogo iniciado por Altamirano. Los modernistas son los verdaderos románticos —dice Pacheco— y en esa afirmación va implícito un derrumbe de prejuicios y etiquetas caducas. Los movimientos culturales son parte de las circunstancias

de una época. Pacheco hace la lectura de los textos modernistas sin olvidar la circunstancia inmediata pero sin permitir que ésta prejuzgue su consideración.

El camino de Pacheco para entender las peculiaridades de la época es establecer una distancia ética y estética con su material de trabajo. De esta manera, sin prejuizar, encuentra valores de permanencia en los poemas modernistas que dan sentido a un uso del lenguaje. Al decir Pacheco que el oficio literario para los modernistas era un acto moral, se inmiscuye plenamente en la instauración de una crítica moderna: juzgar a la obra dentro de los límites que ella misma propone y valorarla en tanto su capacidad de comunicación diacrónica. Por ese camino ve Pacheco que la poesía contemporánea mucho le debe a la aventura modernista; y esa aventura forma parte de una tradición que los primeros románticos quisieron reconocer para explicarse ellos mismos. En ese diálogo múltiple surge la idea de que la lectura de textos es una aventura de la inteligencia, pero también de la pasión.

Ahora, a fines del siglo XX, dentro de un mundo más convulso y un México cada vez más inamovible, lo único que parece fluir es el esfuerzo intelectual a pesar de todos los obstáculos. Se han emprendido proyectos significativos dirigidos hacia un mayor conocimiento del pasado para una mejor comprensión del presente. O quizá sea, simplemente, que se ha renovado la capacidad de contemplar el pasado no como una reliquia, sino como una realidad cuya existencia es decisiva para la explicación de hechos posteriores. Luis Miguel Aguilar, en *La democracia de los muertos*, interroga al pasado, pero no con la veneración usual para dirigirse a piezas de museo, sino con la actitud atenta y desprejuiciada de quien espera establecer un diálogo provechoso e inteligente con los textos.



Germán List Arzubide y Arqueles Vela

Los autores del siglo XIX están vistos desde la perspectiva del que no se conforma con las recetas de los manuales literarios y sí se compromete a hacer una lectura desde la visión de lector del siglo XX. Si los textos resisten la lectura, es un problema que parece haberse solucionado desde el principio: cada línea parecía ser una respuesta a su tiempo y una propuesta para un futuro impredecible.

En su acercamiento a los textos del siglo XIX, Luis Miguel Aguilar buscó establecer una "confluencia de tiempos y espacios". Es decir, leer estableciendo "conectes" y correspondencias: leer por placer. Y uno de los mayores placeres es el ejercicio de la inteligencia. Si la muerte iguala a todos, los textos permanecen rabiosamente vivos. El placer de leer poemas con multitud de señales, propósitos y preocupaciones, entendiendo sus peculiaridades y estableciendo diferencias, es la intención de Luis Miguel Aguilar. Así, cada lectura se aleja del planteamiento rígido de los manuales y se cancelan etiquetas. Los mayores esfuerzos de poesía insurgente fueron realizados por clérigos tachados de conservadores; la épica tuvo mejores frutos en poetas seglares y los héroes fueron santos. Los términos "neoclásico" y "romántico" son empobrecedores si no se matizan y se entiende la concepción de patria y nacionalismo que se iba gestando en las condiciones particulares del siglo XIX.

Los poemas modernistas dicen más que la simple referencia anecdótica. Desde Quintana Roo, Sartorio y contemporáneos, hasta Enrique González Martínez, los textos están allí para ser leídos con placer y pasión; exigen una respuesta que había empezado a negarse por la comodidad de la simplificación. En las particularidades y en las diferencias de cada texto Luis Miguel Aguilar propone una lectura gozosa y una respuesta: el diálogo mayor respetando los modos de expresión. Ignacio Manuel Altamirano se propuso establecer una conversación plena de intenciones. Enunció claramente sus propósitos y sabía por dónde debía caminar. Inició una conversación que no debía tener respuesta inmediata. Ésta se fue dando –y ampliando– de acuerdo con la modificación de las circunstancias. *La vida literaria de México*, de Luis G. Urbina; *La Historia de la literatura mexicana*, de Carlos González Peña; *Fundamentos de literatura mexicana*, de Arqueles Vela; *La expresión nacional*, de José Luis Martínez; *Antología del modernismo*, de José Emilio Pacheco, y *La democracia de los muertos*, de Luis Miguel Aguilar han logrado aclarar y fundamentar la propuesta inicial. Cada lector selecciona su método de trabajo y sus propósitos de lectura. En la medida en que se permita que los textos planteen interrogantes y den acceso a lecturas innumerables, el rastreo de características de una expresión nacional ya no será tan importante.

El solo planteamiento del problema es una manera de acercarlo; el tiempo y las circunstancias inciden en una manera de leer, y cada lectura puede ser una red de correspondencias. La respuesta a planteamientos iniciales se va dando en el tiempo; el lenguaje en que se expresan estas respuestas implica una responsabilidad: establecer una comunicación activa e inteligente. Un propósito definido y la suficiente carga de pasión al emprender el trabajo tendrá que dar un resultado: el placer del texto. ♦